

na. Poco apto para apreciar los destellos de nuestra luz meridional; poco amigo de la historia antigua escrita con caracteres indelebles en cada una de aquellas sacrosantas piedras; incapaz de comprender la música que exhalan las ruinas, las evaporaciones de inspiracion que exhalan las cenizas, la sublimidad de un arco caido, de un acueducto roto, de una estatua destrozada, de una columna hundida en el polvo; entre aquellos juegos de claror y de sombra que componen tantos cuadros, entre aquellas líneas escultóricas que parecen los bocetos de otras tantas estatuas; á la vista de los sepulcros vacíos, de las Vias romanas que culebrean en los solemnes desiertos; sobre el vasto cementerio donde yacen tantas divinidades enterradas, echa de menos los naranjos y los limoneros con que, en su cándida ignorancia, habia soñado y evoca su blanda y blonda y húmeda y verde y fresca Sajonia, muy propia para la vida corriente, pero incapacitada de conseguir, por mucho que la esmalte la historia y que la embellezca el arte, la sublime austeridad de Roma.

Así todo le disgusta y en todo encuentra asunto de crítica y objeto de censura. Quien no ve las misteriosas perfecciones de la campiña romana es muy apto para ver las numerosas imperfecciones de la sociedad. Y en efecto, á cada paso se encuentra una hospedería monástica y en cada hospedería monjes que trincan, que juran, que charlan á tontas y á locas, que gesticulan á roso y velloso, que caen sobre todo el mundo con sus murmuraciones, que tratan de todo, menos de religión y de moral. Su austero misticismo se indigna de que las efigies ocupen todas las encrucijadas y llamen mas la atención de los fieles que las ideas verdaderamente dogmáticas y que el culto á Jesucristo. Su único pensamiento, al acercarse á la Ciudad Eterna, es apretar el paso, para llegar la víspera de San Juan y tener el privilegio de decir una de esas misas que sirven tanto á los vivos como á los muertos. Mas debe decirse con imparcialidad, por lo mismo que entramos en la historia sin ningun género de pasiones que, habiendo recorrido Italia desde los Alpes al Tiber, ni una sola vez alcanzó á comprenderla, como si hubiera sido la patria de la inspiracion plástica y de las artes del dibujo, un jeroglífico de Egipto.

CAPÍTULO VII

LUTERO EN ROMA

Un pastor, acostumbrado á naturaleza de égloga y de bucólica, circuido de grandes y verdes árboles, colocado sobre las muelles praderas con su rebaño de cándidas ovejas; mecidos sus cabellos al soplo de las juguetonas auras y halagadas sus orejas con el susurro de los juguetones arroyuelos; á quien, de súbito, lanzaran y engolfaran allá en el mar inmenso, infinito, sin límites ni fronteras, con horizontes indecibles, con abismos insondables, entre alterados oleajes y vientos fortísimos, un pastor así, por cambio súbito sacudido, apenas podria darnos suficiente testimonio de la trasformacion que sufriría el alma de Lutero acostumbrada desde su nacimiento á la blanca y suave y dulce Alemania, en medio de los desiertos terribles, de las ruinas antiguas, de los templos caidos, de las estatuas rotas, de los restos de naufragios y de batallas sobre los cuales se alzaba la Roma pontificia, con sus mil colosales iglesias, esmaltadas por los toques áureos y rojos de los encendidos y tempestuosos cielos que parecen guardar tras sus arreboles un eterno y sublime Apocalipsis.

Lutero habia nacido á la extremidad oriental del distrito de Harts, terreno vulgarísimo, compuesto de dulces ondulaciones, que apenas merecen el nombre de colinas; cultivado por la labor ordinaria en Alemania, y asiento de pueblos sin ningun carácter monumental ni histórico. Baste decir que los campanarios, á duras penas, levantan la erguida flecha sobre el resto de las construcciones comunes. Calles estrechas, edificios triangulares y puntiagu-

dos, alguna que otra casa de aspecto mas monumental, templos sin pretensiones arquitectónicas, campanarios, como hemos dicho, de corta estatura, algun que otro caseron llamado palacio de los condes: hé ahí Mansfeld, la villa donde Lutero abrió los ojos á la luz de la inteligencia y recibió las primeras impresiones de los objetos que dejan huella indeleble en el corazon y recuerdo inextinguible en la memoria. Mas hermoso era Eisenach, lugar donde recibió Lutero los gérmenes de su educacion literaria. Sus calles se cruzan con arte y componen pintorescas esquinas. Sus casas exhalan algo del antiguo espiritualismo germánico. Sus campos tienen misteriosa poesía, como entrada que son del bosque inmenso de Turingia, oscuro y espeso como todas las residencias de las antiguas divinidades alemanas; pero á cuyo ingreso las colinas, coronadas de bosquecillos, se sonrien y elevan en los aires, como si retozara en sus senos una inextinguible alegría. Mas ¿qué comparacion puede tener todo esto con los paisajes sublimes de la inmensa é insondable Roma? Mejor que las anteriores poblaciones era indudablemente la poblacion de Erfurt, largo tiempo habitada por Lutero, y teatro de sus emociones y de sus pensamientos en la edad decisiva de sus mocedades. Perteneciente á la liga anseática, aparte sus bien contruidos muros y alguna que otra iglesia, distinguíase por su carácter mercantil que la poblaba de almacenes, y por lo rutinario de su cultivo que la circuia de feraces pero vulgares campiñas. En fin, las dos principales y mejores ciudades, que Lutero conociera antes de su viaje á Roma, Witemberg y Heidelberg, no pueden compararse en manera alguna con la sublime capital del mundo católico que exhala tantos y tan varios pensamientos de cada una de sus piedras.

Aquel horizonte resplandece con celajes que diriais matizados en divinas inspiraciones; aquel campo, con calles de sepulcros, con acueductos rotos, con montañas de ruinas, el cual junta los helechos del Norte con las rosas del Mediodía, las hayas virgilianas resonantes aun como en los tiempos del dios Pan y las lagunas ponzoñosas que parecen, como la Estigia, entradas del infierno; aquel campo convida de suyo á las meditaciones sublimes y revela con revelacion clarísima la eternidad en la tierra; aquellas Basílicas, resplandecientes de mármoles, de mosaicos, de bronces, reunen sobre sus pavimentos mellados por el paso de tantos siglos y de tantas peregrinaciones, las edades

capitales de la historia y los dias creadores del humano espíritu; al lado de la columna estriada por los artífices griegos con su corona de acanto corintio ó con sus volutas de Jonia, los obeliscos egipcios con sus signos hieráticos que os hablan del Oriente; aquí, el panteon de Agripa desafiando en duracion y en solidez á las obras seculares de la naturaleza; allí el coliseo de los Flavios, compitiendo en majestad y en grandeza con las montañas sabinas; acullá la gruta de Numa donde todavía resuenan las revelaciones de las ninfas y los lamentos de las nereidas del Tíber; al pié del Capitolio, que parece la cima de la tierra, la cúspide eterna de la humana conciencia, el promontorio inmortal donde se ha encendido el faro de ideas que todavía alumbran tras treinta siglos al entendimiento universal y que todavía alimentan los códigos civiles, al pié del Capitolio, decia, el Foro con su Via-Sacra por donde entraron cautivos los reyes y los pueblos de los antiguos continentes, la tribuna de los Rostros entonando aun los períodos inmortales de elocuencia ciceroniana, el intercolumnio donde recibia el senado á sus embajadores y á sus huéspedes; al fin del Foro la montaña Palatina con los surcos que abrieran los bueyes de Rómulo para fundar la ciudad quadrata; y no léjos de allí el monte Aventino, sobre el cual vagan las sombras de los tribunos y por cuyas laderas se oyen murmurar eternamente los manantiales que han dado vida á la democracia moderna; por do quier, el ara de la divinidad, el paraje consagrado por la voz de los oráculos, las poblaciones subterráneas donde duermen los mártires, los tesoros de reliquias religiosas, los nombres de los héroes sagrados, las iglesias con sus lenguas de bronce, los túmulos en que la tradicion coloca á los dos primeros apóstoles, el arte, el derecho, la religion, la ciencia, la poesía, es decir, en relieve y realzado por las mas bellas formas, todo cuanto engrandece al humano espíritu é ilumina las páginas inmortales de la historia.

Una inteligencia llena de contrastes como la inteligencia de Lutero; un corazon abierto á todas las emociones y que pasaba de la exaltacion al decaimiento y del sarcasmo al éxtasis; una fantasía, de suyo arrebatada y capaz de reunir lo sublime á lo grotesco; una educacion esmeradísima para su tiempo, y la cual no carecia de cultura clásica; un ardor como el de aquel hombre, que habia hecho de su existencia un combate continuo; todas las facultades

de su alma, todas, sin excepcion, parecian propias para moverse al espectáculo de Roma é identificarse con sus ideas y con su naturaleza. Mas, Roma tiene en la inmensa complicacion de su vida, varios aspectos; y el principal de ellos, el secular, el antiguo, el plástico, el artístico no dominaba con el dominio que debiera el alma del germano. Originalísimo este, genial de suyo, personalidad independiente, carácter indómito con apariencias de incierto, voluntad férrea con apariencias de blanda y muelle, distinguíase por esa reconcentraci6n del espíritu en sí mismo, que constituye el fondo de las complejones germánicas, y que impulsa con tan soberano empuje á los alemanes al cultivo de la poesía lírica y de la filosofía racionalista, es decir, de todo aquello que tiene ese carácter personal, llamado en la ciencia moderna, carácter esencialmente subjetivo. Así no comprendia el arte greco-latino, ni la belleza inmortal del Renacimiento italiano, es decir, no comprendia los mayores prestigios y el mayor poder de la Roma que visitaba en tan supremos instantes. Parecerá una paradoja; mas hay muchos puntos de contacto entre el luteranismo y el mahometismo, puntos de contacto que saltan á primera vista y se observan con solo mirar la superficie de ambas religiones. Entrad en las iglesias protestantes y las vereis tan despojadas de cuadros y de estatuas como cualquier mezquita. ¡Cuántos esfuerzos no necesitó Lutero para evitar que el luteranismo degenerara en religion puramente iconoclasta! Atended al dogma fundamental protestante, al dogma de la gracia, dogma esencialmente africano por causa de su mantenedor San Agustin; y vereis cuántas relaciones tiene con el dogma musulman del fatalismo. Ved cómo los mahometanos y los alemanes cultivan con igual éxito la música y la poesía mas cercana á la música, la poesía lírica. Examinad la subjetividad alemana, y vereis como se parece á la subjetividad árabe. Lo mismo se absorbe en meditaciones profundas un santón de las mezquitas de Siria que un filósofo de las escuelas de Alemania. Tentad á un hombre así, con tentaciones artísticas y obtendreis el mismo resultado que si tentarais con tentaciones amorosas á un cenobita de esos, á quienes la maceracion y el ayuno y la penitencia concluyen por despojar completamente de las primeras y mas poderosas inclinaciones de su sexo. Siguiendo las memorias de Lutero, llegado en ocasion tan soléme á la corte de Julio II, en la cual brillaban los dos hombres que han agotado las

inspiraciones plásticas, Rafael y Miguel Angel, iguales en renombre á Platon y Aristóteles, á San Pedro y á San Pablo, á Virgilio y Horacio, á todos los ingenios pares ó pareados que han existido en la historia, no dice de ellos el infeliz ni una sola palabra.

Pues los gigantes de la Sixtina escalaban á la sazón el cielo; y las titánicas Sibilas decian sus primeros y mas sublimes oráculos. Por los patios del Vaticano, á la sombra de sus arcos, y apoyado en sus columnas, aparecíanse, trazados por Bramante, los planos arquitectónicos mas monumentales y mas hermosos del siglo décimosexto. Se necesitaba recorrer muy poco las calles de Roma para no tropezar con aquel coro de artistas, semejante á una legión de ángeles, descendida del cielo á devolver á la tierra la hermosura de los primeros dias en que la adornaban los árboles del paraíso y la revestia de inmaculados resplandores el éter descendido de la palabra creadora. Veíase allí, al borde de las excavaciones donde se encontraba la estatua griega y el fresco romano, al jóven que parecia venido de los antiguos templos de Grecia con las líneas de Fidias en los ojos y el pincel de Apeles en las manos. Era de ver su apuesta y escultórica figura, sus ojos melancólicos y profundos, su traje pintoresco, su sonrisa olímpica, la sedosa cabellera que en rizos le caía sobre la espalda, y la nerviosísima mano con que trazaba como si tuviera á su disposici6n los matices del iris todas aquellas figuras en las cuales no dañaba, no, al misticismo cristiano, la perfeccion helénica de las correctas y acabadas formas. Cuántos darian algunos dias de su existencia por volver á tales tiempos y departir con tan grandes artistas. Delante de un torso griego, recién hallado en los jardines de Roma; teniendo en frente á la Fornarina, cuyos ojos concentran la calorosa luz del Lacio, y en torno suyo á los discípulos inmortales que le auxilian y que le sostienen, el alma de Rafael, celeste como los mares de Grecia y serena como los dioses antiguos, concibe con pasi6n y pare sin dolor aquellas figuras, que creeríais evocadas de un mundo superior mas que nacidas de la humana inspiracion, y que representan y representarán eternamente el mas bello dechado de todas las perfecciones artísticas y el mas bello modelo en que pueden inspirarse los artistas en toda la sucesi6n de los tiempos. Y si creía todo esto asaz delicado para su alma enérgica, y asaz femenino para su complexi6n guerrera, no léjos de allí estaba